

CAPITULO XXVIII.

LA NUEVA REVOLUCION

De todos los conflictos que se presentaron al señor Madero, los más graves fueron el de Chihuahua, que dió por resultado el levantamiento del General Pascual Orozco, hijo, jefe que había sido de las tropas maderistas, (1) y el de Morelos, pues Zapata continuaba levantado en armas, no obstante que ya era Presidente de la República el señor Madero, condición que exigía Zapata para rendirse, y ofrecía hacerle justicia en todas sus peticiones. Orozco, desde que empezó a distinguirse en la campaña, había comenzado a ser sugestionado con la idea de que él debía ser el verdadero jefe de la revolución, y un grupo de ambiciosos y aduladores, comenzaron a crear cierto antagonismo entre él y el señor Madero. Al triunfar la revolución, las gestiones tomaron mayor proporción, llegando a crear en Orozco la idea de que a él, y exclusivamente a él, se debía la caída del General Díaz.

La rebelión de Orozco, debida ostensiblemente al poco tacto con que se le trató, fué obra, más que del se-

(1)—En Chihuahua se dijo entonces que Orozco había cambiado de actitud en virtud de trabajos de don Gonzalo Enrile, que acababa de llegar con instrucciones del General Díaz y del licenciado Limantour, para el señor Terrazas. Lo que sí parece indiscutible, es que la revolución se sostuvo con elementos que provenían de la familia Terrazas.

ñor Madero, de sus consejeros, y sobre todo, de un grupo de ambiciosos que hicieron perder la cabeza al guerrillero, haciéndole creer que para que una revolución tenga éxito, basta un poco de audacia y de valor. El señor Madero, sin embargo, no debió olvidar que Orozco había sido el alma de la revuelta que le había dado el triunfo, y en vez de mostrarse agradecido y darle el papel que merecía, y que legítimamente había ganado, lo trató con dureza, lo pospuso a hombres que valían menos que él, y por último, le negó los recursos que pedía para irse a trabajar. ¿Que ellos eran exagerados? Tal vez; pero la paz nacional bien valía los cien mil pesos que solicitaba Orozco. ¿Qué menos podía pedir el que había sido general en jefe de todas las fuerzas maderistas? (2)

Don Abraham González, cuando comenzó a iniciarse el conflicto de Chihuahua, renunció la cartera de Gobernación y se dirigió a la capital del Estado, para hacerse cargo del Gobierno, el 29 de Febrero, creyendo que con su presencia todo se calmaría, contando sobre todo, con la amistad que lo ligaba con Orozco. Cuando llegó ya era tarde. Orozco, que hasta esos momentos parecía estar indeciso, al saber que don Abraham González llamaba al Coronel Francisco Villa, con quien Orozco estaba enemistado a muerte, para entregarle el mando de las fuerzas del Estado, rompió con el Gobierno (3) y se lanzó a

(2)—Lo mismo se hizo con Máximo Castillo, quien en Casas Grandes había salvado la vida al señor Madero.

El Presidente, midiendo a todos con el cartabón que él se medía, juzgaba que todos habían servido por patriotismo, y que no estaba obligado a recompensar a nadie.

(3)—Orozco se pronunció el 3 de Marzo y su primera proclama fué naturalmente contra los científicos. A los dos días la revolución proclamaba a Vázquez Gómez; pero tres días después, sus nuevas proclamas tenían sabor de restauración porfiriana.

la revolución. Organizó rápidamente sus fuerzas y ocupó Chihuahua. En menos de quince días tenía a sus órdenes una fuerte columna, imponía las autoridades en todo el Estado y amenazaba invadir los vecinos.

El Ministro don Rafael L. Hernández, al precipitarse los acontecimientos, quiso que el Gobierno volviera sobre sus pasos, halagando al rebelde y en la conferencia telegráfica que tuvo con Orozco, ofreció acceder a todas las exigencias de éste, pero ello sólo sirvió para envalentonar al cabecilla, quien rechazó todas las ofertas, juzgando que la conducta del Ministro indicaba que el Gobierno le tenía miedo.

Según expresé, el Gral. González Salas, al salir del Ministerio, fué nombrado para dirigir la campaña contra las huestes de Pascual Orozco, hijo, que organizadas en toda forma, marchaban sobre Torreón. Las fuerzas revolucionarias y los federales se encontraron en Rellano cerca de Jiménez, trabando un combate el 25 de Marzo, que fué desastroso para las armas del Gobierno, si bien los revolucionarios no pudieron aprovechar su triunfo, por la falta de parque e incompetencia de Orozco. El General González Salas, sin competencia para el puesto que se le había dado, cometió una serie de errores que no toca a la índole de este libro señalar; pero soldado de vergüenza, al retirarse del campo de batalla, juzgando más grande el desastre sufrido, y creyendo que había perdido toda su artillería; que se vió obligado a abandonar, se suicidó en el mismo tren que lo conducía a Torreón. ¡Así, por el desacierto del Gobierno, éste perdía elementos valiosos y el Presidente un amigo a quien estimaba y quería!

Por su parte, Pascual Orozco, sin aprovechar debida-

mente su triunfo, ordenó la retirada, creyendo que el General González Salas se reorganizaría y con nuevos elementos, lo atacaría inmediatamente.

El General Joaquín Téllez, que mandaba la artillería del Gobierno, al verse abandonado por el jefe de la columna y sin darse cabal cuenta de lo que pasaba, temiendo que Orozco se le echara encima, levantó su campo y se retiró conforme a la orden recibida, incorporándose en Torreón a los restos de la columna que fueron llegando poco a poco. Al Brigadier Trucy Aubert le tocó la peor parte de la jornada, pues perseguido por las fuerzas de Orozco, tuvo que hacer un gran rodeo para conseguir incorporarse, en el que perdió todo su material de guerra y casi toda su gente, llegando a Torreón con setenta y tantos hombres. ¡El Gobierno premió la conducta del General Trucy, con el ascenso inmediato y con veinte mil pesos en efectivo, que aparecieron como homenaje de un grupo de amigos del Gobierno!

El conflicto de Morelos, revestía gravedad por el tiempo que llevaba de existir y su proximidad a la Capital de la República. Para sofocar tal movimiento, fué enviado, como jefe de las fuerzas federales, el General don Juvencio Robles, que conocía el Estado y era estimado por sus dotes de prudencia y energía. El General Robles inició una persecución tenaz, dando garantías a todos los vecinos; y cuando Zapata vió que estaba a punto de morir la revuelta, acudió al señor Madero, pidiendo entenderse con él y que se suspendieran las hostilidades, como se había hecho durante el Gobierno interino, cuando el General Huerta decía que estaba a punto de concluir con el cabecilla rebelde. Otra vez la bondad del señor Madero se interpuso, causando un perjuicio enorme al Gobierno y al País. El General Robles fué

relevado del mando y en su lugar fué el Brigadier don Felipe Angeles, un teórico en aquella época en materias militares, de muy buena fe, de exquisito corazón, pero poco adecuado para una campaña de guerrillas como la de Morelos. A los dos días de haberse encargado del mando el General Angeles, las hordas de Zapata atacaban en Ticumán el tren de pasajeros, y mataban a los periodistas señores Herrerías y Strauss..

El licenciado don Jesús Flores Magón, nombrado Secretario de Gobernación al renunciar el puesto don Abraham González, había sido también enemigo del Gobierno del General Díaz, pero no revolucionario. Hombre equilibrado, hubiera sido un buen Ministro en épocas normales, no obstante ser apasionado y tener poca experiencia en los asuntos políticos, de los que había estado alejado por completo hasta entonces; pero en las circunstancias en que fué nombrado era muy difícil que pudiera salir adelante. Había que luchar no sólo con la situación, que era delicada, sino con dos factores importantísimos: con el Presidente que tenía a veces caprichos de niño, y con don Gustavo Madero, que había aspirado a ser el Ministro de Gobernación, que cada día formaba más su personalidad política, apoyado en el Partido Constitucional Progresista y en el ad-latere de éste, la porra. En la Cámara, la influencia de don Gustavo era superior a la del mismo Presidente.

El nuevo Ministro de Gobernación no veía con buenos ojos al General Robles que hacía la campaña en el Estado de Morelos y más bien por ignorancia de los hechos que por mala voluntad, lo combatía cerca del Presidente, hasta conseguir que fuera retirado de la campaña, y como consecuencia, que ésta no concluyera, cuando el General Robles estaba próximo a terminarla. Esto

disgustó al General Robles y a los jefes que a sus órdenes estaban en Morelos, pero sobre todo, alarmó a los propietarios del Estado, que habían llegado a creer que la pacificación sería cuestión de pocos días si se dejaba al General Robles completar la obra comenzada, y poseídos de pánico, empezaron a tener arreglos con Zapata.

¡Y sin embargo, a pesar de tantos errores, la suerte sonreía aún al señor Madero!

* * *

El General González Salas había sido sustituido en el Ministerio de la Guerra, por el General don Angel García Peña, un teórico, dedicado toda su vida a las matemáticas y sin práctica de mando, pues jamás había estado al frente de fuerzas, excepción hecha de las escoltas que lo acompañaban en sus expediciones científicas. Sin embargo, en la organización de los elementos que debían aprovecharse para el combate, el señor García Peña estuvo relativamente feliz; pero impulsivo y violento, se dejaba arrebatar llegando un día a tener un encuentro con el motorista que conducía un tren eléctrico. Esto agravaba la situación, pues al frente de los Ministerios se requería, en aquellos momentos, hombres de juicio que no comprometieran imprudentemente los elementos que tenía el Gobierno, y que se dieran a respetar por su seriedad y su justificación.

El licenciado Calero no estaba contento en el Ministerio, pues se le había quitado toda ingerencia con la Cámara y el Presidente no lo escuchaba como él lo deseaba, además, hombre inteligente, comprendió que su caída estaba decretada y prefirió separarse, consiguiendo se le nombrara Embajador en Washington, puesto

que ocupaba el señor don Gilberto Crespo, Ministro de México en Austria Hungría, a quien se hizo volver nuevamente a Viena. El señor Calero manifestó a sus amigos que su separación se debía a que no podía estar conforme con los criterios apasionados que tenían la mayor parte de los Ministros.

Para cubrir la vacante que dejaba el señor Calero, fué designado el 9 de Abril de 1912, el licenciado don Pedro Lascurain, quien por primera vez figuraba en la política del País, de la que lo alejaban, en primer lugar, sus creencias religiosas,—es católico ferviente,—y además, su carácter poco dado a buscarse conflictos y dificultades.

El señor Lascurain, hombre de buena inteligencia, carecía por completo de práctica en los asuntos que se le encomendaban. Es tranquilo, afable y recto; pero de escasa voluntad. El, como don Ernesto Madero, iba a ser arrollado por el vendabal que desataban las pasiones de los demás Ministros. A la hora suprema, cuando los sucesos lo colocaron en la situación más delicada, como encargado del Poder Ejecutivo, fué un juguete de los que intervinieron en el tremendo drama, y la responsabilidad que se echó encima, ante la historia, entregando las renunciaciones del señor Madero y del señor Pino Suárez, contra lo expresamente convenido con ellos, puede tener una disculpa en su absoluta buena fe y en su absoluta falta de perspicacia política. (4)

El señor Díaz Lombardo, también salió del Ministerio. Espontáneamente renunció el puesto de Ministro de Instrucción Pública, para que el Vicepresidente de la Re-

(4)—El señor Madero, al conocer el paso dado por el señor Lascurain estuvo tentado, en el primer momento, por creer que

pública, don José María Pino Suárez, formara parte del Gabinete.

Desde la llegada a México del señor Pino Suárez y su protesta como Vicepresidente de la República—23 de noviembre de 1911—había estado presidiendo el Senado, tomando la palabra en algunos debates; pero hombre joven, de grandes pasiones, revolucionario exaltado e impaciente, se aburría ejerciendo las funciones pasivas que la ley encomienda al Vicepresidente de la República. Creatura de don Gustavo Madero e identificado con él, porque el temperamento de ambos lo aproximaba, era empujado por éste, cerca del Jefe de la Nación, para que se le diera una vida más activa en los negocios de la Administración. El señor Madero, que estimaba al señor Pino Suárez, le hacía concurrir a los Consejos de Ministros; pero en estos no había campo completo para sus actividades, y cerradas las Cámaras, la vida del Vicepresidente se hacía más monótona. De allí su deseo, y el de don Gustavo Madero, de que ingresara en el Ministerio, para que la política de ambos se tradujera en actos positivos.

Al dejar el puesto el Secretario de Gobernación, don Abraham González, los trabajos de don Gustavo Madero se dirigieron a que la Cartera se le diera a él o al señor Pino Suárez; pero el Presidente de la República juzgó que si su hermano entraba en el Gabinete, estando ya dos de sus parientes, don Ernesto Madero y don Ra-

su Ministro lo había traicionado; más tarde, el señor Madero se convenció de la lealtad del señor Lascurain. El señor Pino Suárez desde el primer momento juzgó que todo era cuestión de torpeza y agregó: "pero esa torpeza nos cuesta la vida." El señor Pino Suárez tenía razón: el señor Lascurain fué engañado como un niño. La fuerza de las circunstancias fueron superiores a su propia voluntad.

fael Hernández, iba a ser criticado muy duramente. Además, ni el Ministro de Hacienda, ni el de Fomento juzgaron que el Presidente de la República debía confiar el Ministerio de Gobernación a ninguno de los dos mencionados personajes, pensando que el nombramiento de cualquiera de ellos causaría un escándalo. El Presidente fluctuaba entre su personal afecto, que lo inclinaba a complacer a su hermano y sus deberes de gobernante, llegando a convencerse de que tales nombramientos serían un error grave. Vacilante en esto, como le pasaba frecuentemente, no sabía por qué camino decidirse. El señor Calero, todavía Ministro de Relaciones—29 de Febrero de 1912—dió la solución, proponiendo fuera el señor Pino Suárez a la Secretaría de Instrucción Pública y el Lic. don Jesús Flores Magón, Subsecretario de Justicia, desde el ingreso del señor Vázquez Tagle al Ministerio, a la Secretaría de Gobernación. El señor Díaz Lombardo, por su amistad con el señor Calero, supo el conflicto, se prestó a renunciar sin que hubiera motivo ostensible para ello, y fué nombrado Ministro de México en Francia, puesto vacante, por la renuncia que de él había hecho el señor don Sebastián B. de Mier, al caer el Gobierno del General Díaz.

• • •

Don Rafael L. Hernández, Ministro de Fomento, había intentado formar una mayoría en la Cámara de Diputados, que fuera adicta al Gobierno, y como muchos de los Diputados deseaban ayudar a los nuevos gobernantes, pues habiendo concluido su compromiso con el General Díaz, podían tomar sin desdoro nuevas orientaciones, fácil le fué la obra; pero para tener seguridad en esa mayoría, el señor Hernández había estado im-

prudentemente, ofreciendo la reelección personalmente, a casi toda la mayoría del Congreso. Muchos de los Diputados comprendieron que tales ofertas no se pensaban cumplir, ni tenía el Gobierno elementos para poderlas sostener, pero a pesar de tal convencimiento, siguieron ayudando, en todo, al Poder Ejecutivo, que necesitaba de las Cámaras para poderse consolidar, pero otros muchos se juzgaron engañados cuando no se les cumplió lo ofrecido.

Así las cosas, llegaron las elecciones de Diputados, Senadores y Magistrados de la Suprema Corte de Justicia de la Nación que debían verificarse conforme a la nueva ley votada por las Cámaras en su último período.

El Partido Constitucional Progresista, o sea don Gustavo Madero, formó su lista, el Gobierno por su parte formó la suya, y los Gobernadores, que no tenían listas propias, empezaron a fluctuar entre ambas candidaturas, no sabiendo a punto fijo de qué lado les conveniría estar. A estas candidaturas, se oponían, por un lado, las del Partido Católico, que lanzó candidatos en casi todos los Distritos de la República, y las de los que, con el título de independientes, iban a ver qué pescaban en aquel río revuelto. Las atrocidades que se cometieron, fueron tremendas. Con excepción de los Ministros de la Guerra y de Relaciones Exteriores, todos los demás presentaron sus candidaturas para Diputados o Senadores, y todos triunfaron, más o menos legalmente. El Partido Constitucional Progresista, no se paró en medios para hacer triunfar a sus candidatos, y aún cuando perdió muchos puestos, en la discusión de las credenciales tomó su revancha, haciendo pasar algunas cuyos vicios de nulidad saltaban a la vista.

En el Estado de Veracruz, el Gobernador sostuvo

las candidaturas que don Tomás Braniff, ligado en aquellos momentos con los señores Gustavo Madero y Pino Suárez, recomendó a última hora, contra toda ley y toda razón, llegando el Jefe Político de Misantla, a fusilar, la víspera de las elecciones, a dos individuos cuyos cadáveres se hicieron pasear por las calles, momentos antes de que empezara la votación. El argumento fué decisivo y el jefe político pudo fraguar con toda impunidad, los expedientes en la misma Prefectura. En Zongolica, las boletas llegaron al día siguiente de verificada la elección, lo cual no fué obstáculo para que se declarara legítima. En el Estado de México, el escándalo no llegó hasta el asesinato, pero hubo Jefes Políticos, como el de Ixtlahuaca, que brutalmente impuso la consigna que le había dado el Ministro de Gobernación. Raro fué el Estado donde no se atropellara la ley de la manera más descarada, y naturalmente, al amparo de estos abusos, hubo distritos donde los jefes políticos no hicieron caso de las recomendaciones, ni del Partido de don Gustavo Madero, ni de las que les hacían oficialmente, ni de las protestas que los Partidos y los candidatos independientes hacían, y eligieron a sus amigos o parientes, como sucedió en Juchitán, Distrito del Estado de Oaxaca.

De los Diputados que formaron el XXV Congreso Constitucional, sólo fueron reelectos veintiuno, entre ellos los señores Calero y Hernández: de ellos, once fueron protegidos o recomendados por el Gobierno o por el Partido Constitucional Progresista y el resto, obtuvieron sus credenciales por las relaciones personales que tenían, esto es, ocho fueron los únicos que no debie-

ron la curul a favor del Gobierno. (5) Los ocho fueron los señores General Gregorio Ruiz, electo por Jalisco, Estado de Veracruz, de donde era oriundo y tenía familia. Francisco M. de Olaguibel, electo por el Estado de México, donde es muy conocido; Javier Torres Rivas, electo por el Estado de Hidalgo, donde él y su familia tienen valiosas propiedades rústicas. José María Lozano, por San Miguel el Alto, Estado de Jalisco, de donde es oriundo y su familia tiene propiedades. Nemesio García Naranjo, electo por Lampazos, Estado de Nuevo León, de donde también es oriundo. José María García, Francisco M. Ramírez y Prisciliano Maldonado, electos los tres por Oaxaca, de donde son originarios, son conocidos y están relacionados.

Algunos otros consiguieron obtener credenciales en sus respectivos distritos, pero en la discusión, durante las juntas preparatorias, les fueron desechadas.

Los escándalos que hubo en dichas juntas y en las discusiones de credenciales, no tienen precedente en nuestra historia parlamentaria. Hubo credencial que se pretendiera rechazar, confesando los miembros de la comisión, que no habían abierto el expediente. Y no obstante esa confesión tan paladina, consultaban se desechara la credencial, por no estar el expediente en regla.

El diputado don Querido Moheno, miembro de la

(5)—Don Rafael Hernández, en carta que me dirigió en Nueva York, con motivo de este pasaje de mi libro, quiso que constara que él no había intervenido en las elecciones de Diputados y ninguno de ellos había debido a recomendación suya la elección, pero sí convino en que el Gobierno había recomendado a varios, como a los señores Aspe, Moheno, Vidal y Flor y Castellot Jr., que debieron sus credenciales exclusivamente al favor oficial.

comisión dictaminadora, admitió un día, públicamente, ante la Cámara, haber hecho dos dictámenes distintos, uno en pro y otro en contra sobre una misma credencial, para someter ambos al señor Gustavo Madero y que éste eligiera el que le pareciera más conveniente.

La credencial de don Francisco Pascual García, electo por el Estado de Michoacán, fué aprobada en lo general, declarándose legítimas las elecciones verificadas en el distrito y sin que hubiera nueva discusión, ni se emitiera razón alguna para ello, al votarse el nombre del electo, fué desechado.

Las discusiones eran interminables y las comisiones, en la mayoría de los casos, no sabían cómo estaban los expedientes, ni se tomaban el trabajo de contestar los argumentos de los que se oponían al dictamen, imponiéndose brutalmente por la fuerza de los votos. Duraron tanto tiempo las discusiones, que la Cámara tuvo que instalarse sin que se hubiera concluido el examen de todas las credenciales. La discusión vino a terminar en el mes de Octubre, cuando el Congreso tenía ya veinte días de estar funcionando.

El Partido Católico que había luchado en casi todos los distritos, representó un papel indigno en las discusiones. Ante el temor de que se rechazaran las credenciales de los que aparecían como jefes del Partido, apoyo con sus votos a los del Constitucional Progresista, hasta en casos verdaderamente vergonzosos, y no levantó su voz, ni siquiera para protestar en favor de sus correligionarios, sacrificando ignominiosamente a muchos de ellos. El resultado fué que sólo obtuvo unos veinte asientos en el Parlamento.

El Partido Constitucional Progresista consiguió te-

ner una mayoría, aunque no de importancia y el resto lo formaron diputados de todos los matices, sin disciplina y sin filiación exacta; así es que en cada caso había que formar una mayoría, siempre expuesta a convertirse en minoría, por la falta de subordinación, si bien la tendencia era a agruparse en torno de D. Gustavo Madero, que era el hombre del poder.

Instalada la Cámara, comenzó sus trabajos, o mejor dicho, comenzaron una serie de injurias para todo el mundo, como jamás se había visto en parlamento alguno. La Cámara, durante todo el período ordinario, esto es, desde el 16 de Septiembre hasta el 15 de Diciembre, no hizo nada útil para el País; parecía que los diputados se habían congregado únicamente para injuriarse o para injuriar a quienes no podían defenderse por no estar presentes. Los Presidentes que se eligieron en los meses de Septiembre, Octubre, Noviembre y Diciembre, fueron impotentes para hacer entrar en el orden a los exaltados, y lo peor fué que el Gobierno, no obstante el espectáculo que daban, tuvo la ocurrencia de pedir se convocara a la Cámara para un período de sesiones extraordinarias, que comenzó en los últimos días de Diciembre, y que se prorrogó hasta la caída del Gobierno del señor Madero.

Personalmente, había muchos diputados inteligentes, cultos y hasta patriotas; pero la obra colectiva fué nula y los esfuerzos aislados de algunos se perdieron en aquella masa turbulenta que en vano pretendió sujetar don Gustavo A. Madero. Los opositores al Gobierno, sin rumbo fijo, sin orientación política determinada, sólo servían para iniciar los escándalos o darles mayor reso-

nancia. Labor efectiva, patriótica, ni siquiera la intentaron. Una oposición así, en vez de servir los intereses nacionales, resulta fatal, porque su obra es de disgregación. En esa labor se distinguieron los del cuadrilátero parlamentario de que hablaré después. Don Luis Cabrera, el señor Hernández Jáuregui y los elementos del partido evolucionista.



CAPITULO XXIX.

OROZCO-VAZQUEZ GOMEZ

La revolución del Norte había comenzado siendo vazquista, esto es, adoptando como jefe de la revuelta al licenciado don Emilio Vázquez Gómez (1) que había desaparecido de la Ciudad de México, y hecho su aparición en San Antonio, Texas; pero bien pronto la revolución dejó de tener tal carácter, y se convirtió en meramente anti-gobiernista.

El doctor Francisco Vázquez Gómez, que había permanecido en la ciudad de México, fué aprehendido una mañana en la puerta de su casa, en los momentos en que montaba en automóvil, según dijo, para ir a una finca de campo que posee en las inmediaciones del Dis-

(1)—Orozco se pronunció el domingo 3 de Marzo, pero sus proclamas no se repartieron hasta el día siguiente. El Miércoles ó hubo una gran reunión en el llano de la Empacadora a la que concurrieron don David de la Fuente, Salazar, Campa y demás caudillos. En esa reunión quedó acordado reconocer como jefe de la rebelión al licenciado Vázquez Gómez; pero a los pocos días aparecieron nuevas proclamas en las que se desconocía al señor Vázquez Gómez, y con tendencias notoriamente en favor de los señores Terrazas. Como este cambio coincidió con la llegada del señor Enrile y con el rumor de que don Luis Terrazas había dado cien mil pesos para la revuelta, de allí nació la idea de que el movimiento era en favor de una restauración del régimen porfirista.

Zapata, en Morelos, al tener conocimiento de que se había desconocido a don Emilio Vázquez Gómez, desconoció a su vez a Orozco, lo declaró traidor y ordenó fuera fusilado por la espalda si caía en poder de sus huestes.